

Fácil es conocer que una fiesta que se reduce á dar al pueblo ocasion de diversiones licenciosas, no es á propósito para inspirarle sentimientos religiosos; y á la verdad tan distante de estos se encuentra el pueblo ruso, que entre los individuos que concurren á tomar parte en sus solemnidades, muy pocos podrán dar razon de la causa que las motiva. Esa multitud ha estado dentro del templo, pero sin haber recibido en él nada que pueda mejorarle, ni oido máxima alguna que ilustre su conciencia. Los repetidos *Kyries* de que se compone el oficio de sus monjes y los estériles signos de cruz que estos le enseñan como su único símbolo de fe, ved ahí todo lo que ha visto y aprendido durante los oficios de la iglesia.

Concluyamos este cuadro, donde tan solo se perciben imágenes repugnantes, con la ceremonia del *Te Deum*, que los *ortodoxos* repiten no solo en las públicas solemnidades de sus templos, sino tambien en los actos mas privados de familia. Como su religion se alimenta de exterioridades, no debe sorprendernos que las ceremonias exteriores se repitan con tanta frecuencia entre los miembros de la *ortodoxia*. Un acaecimiento cualquiera, realizado en la familia de un hombre rico, trasforma repentinamente los salones privados de la casa en oratorios, donde offician los popes de la parroquia con las mismas genuflexiones, con el mismo canto y con las mismas ritualidades que en la iglesia: concluido el oficio, se come y se bebe allí mismo; y al conjunto de todo esto se da el nombre de *Te Deum*. Nadie podrá asegurar que la dignidad del culto consigue alguna ventaja en estas funciones domésticas, donde la religion y sus ministros, el culto y sus sacerdotes parecen prosternarse en presencia de los ricos, y entrar figurando entre los medios que halagan su miserable vanidad.

---

## CAPÍTULO XXVIII.

La Religion necesita independencia. — Solo el catolicismo es libre. — La ambicion de dominar es origen de la intolerancia. — Primeras tentativas del cisma. — Persecuciones sangrientas. — El sínodo y la Iglesia unida. — Persecucion de siete años. — El autócrata en presencia de Gregorio XVI. — Falsas promesas. — Situacion actual. — Los Dominicanos en Rusia y sus trabajos. — El protestantismo en Lituania. — Un hecho curioso. — Conclusion.

La experiencia alcanzada en una larga sucesion de siglos ha hecho conocer que la existencia del principio religioso en la conciencia del pueblo está siempre unida á la libertad de la Iglesia, así como el desarrollo de la virtud mas noble de los pueblos, — la fe, — está ligada á la dignidad del sacerdocio. La palabra del sacerdote tendrá eco en el pueblo mientras este la reciba, no como inspirada por la carne ni por la sangre, no como resultado de combinaciones políticas ni como medio de proteger pasiones extrañas, sino como la traduccion fiel del Evangelio, del que es ministro cuando desempeña las funciones augustas de su alto ministerio. Esta consideracion desaparece en el instante que el presbítero, segregado de la autoridad legítima que le señaló el Fundador de la fe, es sometido á otra de cuya influencia debiera permanecer perpetuamente extranjero. El clero ruso, sublevado contra su Jefe espiritual, perdió su fuerza; y esa humillacion que hoy le vemos arrastrando, bien podríamos estimarla como el primer castigo del doble delito de cisma y herejía que lleva estampado sobre su frente. No obstante

la proteccion que el poder civil dispensa á su ministerio, este perdió en la conciencia del pueblo que piensa el carácter de mision divina, y en el fondo de su corazon no tendrá mas cabida que las órdenes del soberano temporal, cuyo tenor se respeta miéntras la autoridad vela su ejecucion. El pueblo, libre para creer, no somete su conciencia á un clero que arrastra las cadenas vergonzosas del esclavo.

El catolicismo conserva entre sus dogmas esta libertad, que será en sus manos el elemento que le salvará del abismo en que vemos perecer precipitados á todos sus disidentes. Es el elemento mismo que con este objeto recibió del Salvador del mundo, al que identificó este su asistencia durante la consumacion de los siglos, y por el que ha de prevalecer la obra de Dios por excelencia de los contrastes y de las vicisitudes en que fracasan las instituciones humanas. Cuando el catolicismo haya perdido esta independencía, dejará de ser la Iglesia de Cristo, y su situacion no será diferente de la de los sectarios que el cisma y la herejía separan hoy de su seno.

La ambicion por dominar absolutamente que distingue á los zares moscovitas, les inspira odio al catolicismo, que proclama como uno de sus principios su independencía de todo poder humano. El despotismo no soporta que otra autoridad venga á dividir con él los cuidados de gobierno, ni que individuo alguno deje de doblar su rodilla delante de sus mandatos, so pena de ser arrojado á las llamas, como los nobles Hebreos que rehusaron adorar la estatua de Nabuco. En vano pretendería buscarse otro origen á esa rabia contra el catolicismo que devora el pecho de los soberanos moscovitas, y cuyos efectos escandalizan al mundo entero tanto como catorce siglos atras escandalizaron los edictos sangrientos de los emperadores romanos. ¡Dominar!.... y como si un Estado cuyo territorio bañan las playas de tres mares no fuese bastante para saciar su ambicion desmesurada, ni sesenta millones de hombres sometidos por la con-

quista al imperio de su voluntad calmar su pasion terrible de mandar, quiere conquistar todavía la conciencia de sus vasallos, y plantar su trono sobre la ruina del derecho mas sagrado que tiene el individuo:— el de creer. ¡Dominar las conciencias!.... para lograrlo, ningun género de coaccion ha dejado de ponerse en ejecucion, ni suplicio, por duro é ignominioso que fuese tanto para los verdugos como para sus víctimas, que no haya figurado. La intolerancia de los autócratas no encuentra ejemplos fuera de los siglos de persecucion contra el catolicismo, cuando los tiranos anegaron el mundo en sangre cristiana, ó fuera de las horribles tragedias en que de vez en cuando sirven de víctima los misioneros y los cristianos de la China. El rol de estas persecuciones abraza hechos de todas las provincias del imperio; obispos sumidos en calabozos, templos entregados á las llamas, monasterios arrasados, sacerdotes conducidos, unos á las minas de la Siberia y arrebatados otros de su claustro repentinamente, para ser llevados á morir en lugares remotos, y desde donde ni noticia puedan dar de su penosa situacion, ni ménos recibir consuelos de los suyos. ¿Y cuál es el delito de estos hombres?— Profesar otra religion que la del Estado; no quieren conformar su fe con la del soberano; mantienen correspondencia con el Pontífice de Roma; han escrito al superior de su instituto... ¡Ved ahí el proceso que se les forma, y sobre el que recae la serie de castigos los mas graves que conoce la legislacion humana!

Para no divagar recogiendo en el territorio inmenso de este grande imperio los hechos que nos informan con exactitud el punto hasta donde ha llegado la persecucion que sufre el catolicismo, fijémonos en el Occidente del imperio, allí donde tantos dolorosos sucesos realizados por la violencia y la injusticia rusa absorbieron la atencion de la Europa en nuestros dias, allí donde se representaron las sangrientas tragedias que leemos en las relaciones de sor Makrina y del religioso Buratewich, que han hecho levantar un

grito universal de horror é indignacion al mismo tiempo.

La division de la Polonia hizo entrar en la dominacion del zar seis millones de católicos. Las intrigas y la seduccion se pusieron en juego primeramente para inducir á la apostasia los provincias Ruthenas, cuya mayoría, aun cuando del rito oriental, vivia unida sinceramente al catolicismo por su obediencia á los sucesores de S. Pedro. Una numerosa propaganda de popes las invadió, y sus afiliados pagados por el gobierno tenian la incumbencia de predicar la fe *ortodoxa*, no con la dulzura y persuasion evangélicas, sino con amenazas y con promesas hechas en nombre del emperador. No era para la Rusia una empresa nueva la de procurar la apostasia de las provincias polacas. Los trabajos emprendidos con este objeto por Catalina II son bastante conocidos; sus manejos entablados por medio de los popes para obrar la division religiosa entre los ciudadanos é introducirse despues llenando las funciones augustas de protector de la *ortodoxia*, ocupan un lugar muy prominente en la historia europea del siglo pasado. *Divide et regna* ha sido siempre la política moscovita. La Podolia habia caido ya bajo su dominacion, pero los habitantes se mantuvieron firmes en su creencia, á pesar de las instigaciones de sus tiranos por llevarlos al cisma. Los sucesos de *Onofre Buratewich*, miembro de una de las familias mas opulentas de Podolia y profeso en el instituto dominicano, nos descubre bien algunos de los pormenores de aquella primera prueba, sostenida con tanto heroísmo por el catolicismo polaco.

Pero desde el año de 1835 providencias de otra especie fueron adoptadas por el gobierno del autócrata, poco satisfecho del éxito de las primeras. Estas se redujeron á cerrar las escuelas católicas, quedando sus individuos obligados á buscar su instruccion primaria en las fuentes viciadas del cisma y de la herejía; el uso de la lengua polaca fué prohibido bajo severas penas en todos los establecimientos; los gobernadores de las provincias tuvieron orden de auxiliar

con fuerza armada las disposiciones de los popes, concenientes á introducir el cisma en el pueblo, dado caso que este lo resistiese; los templos católicos no tardaron en ser convertidos en iglesias rusas, y en vez del culto solemne y majestuoso de la liturgia de Occidente con que en aquellos se daba culto á Dios, se entablaron las ceremonias orientales con la lijereza y falta de seriedad que distingue á los sacerdotes *ortodoxos*. Las medidas adoptadas por estos para llenar su mision, será eternamente uno de los mas feos borrones que manchan la Iglesia nacional de Rusia: la knuta sangrienta, la confiscacion y el destierro estuvieron á la órden del dia en aquel país desgraciado desde 1837, hasta el punto de hacerse vulgar en el imperio el dicho: «La Siberia será convertida en un reino, miéntras la Polonia quedará destruida;» mas á pesar de esto en aquel año no alcanzaron á veinte y un mil los individuos que abrazaron la comunión *ortodoxa*. Hasta qué punto subieron la coaccion y la violencia en el tiempo posterior, nadie lo ignora. Los pormenores de los combates sangrientos que los católicos ruthenos fueron llamados á sostener en esta ocasion, recuerdan las épocas de Decio y Diocleciano. «Á la knuta, ya bendita de antemano y mandada aplicar á los católicos por la piedad incomparable del emperador, se añadieron las bayonetas, las lanzas y los cañones; no obstante, el número de las apostasias no fué superior, y la fe de los apóstatas tan vacilante que nuevas leyes, las mas ignominiosas para el poder que las dictó, fueron necesarias para impedir su vuelta al seno de la comunión católica del que una mano violenta les habia arrancado: las penas de confiscacion de bienes, prision y destierro fueron al mismo tiempo sancionadas contra los sacerdotes católicos que administrasen sacramento alguno al que abandonase el cisma ruso para volver al seno del catolicismo (1).» Á todos los católicos del rito griego unido se

(1) Varias leyes en mayo de 1843.

pretendió forzar á suscribir el cisma ruso en 1839, y los sucesos de esa misma data nos imponen suficientemente del espíritu que animaba al autócrata al realizar el inicuo proyecto de violentar las conciencias de sus vasallos, haciéndoles abrazar una religion que rechazaban con toda la energía de su alma.

El sínodo nacional, tan intolerante y tan falto del verdadero espíritu del cristianismo como el autócrata, de cuyas violentas pasiones no es mas que ciego instrumento, impulsó por su parte la horrenda persecucion levantada contra los católicos. Asombra observar la conducta guardada por individuos que se dicen ministros de Dios y depositarios de su fe; asombra verles con espada desnuda persiguiendo á cristianos conciudadanos suyos, llevando á unos á la knuta, condenando á otros á expatriacion, é intimidando á todos por medio de sus popes convertidos en verdugos. En la relacion formada por este tribunal de la conversion de los Ruthenos, se habla « de la fuerza irresistible de la *ortodoxia*, y de la grande influencia que esta ejerce en las provincias meridionales del imperio, de los nuevos templos que se consagran á su culto y de la emigracion al Cáucaso de los que han rehusado abrazar la creencia nacional. » ; Ved ahí á los pretendidos jueces de la fe formando su propio proceso ! Á la historia contemporánea tocará solo aclarar estos hechos, bosquejados ya por el hipócrita tribunal supremo de la *ortodoxia*. Mas ya lo ha hecho; y con su auxilio conocemos que por una parte las seducciones y las promesas de los agentes del gobierno, y por otra la fuerza bruta empleada por el poder civil, los vejámenes inauditos de los popes, los golpes de la knuta, las prisiones y el destierro han arrebatado á la Iglesia católica un número crecido de individuos del rito griego unido en las provincias Ruthenas, que formaron parte en otro tiempo del reino polaco, y conocemos que el gobierno ha obligado á los católicos á levantar á sus expensas templos para el rito griego

ruso, y á emigrar al Cáucaso á todos los que rehusaron suscribir el cisma de los sucesores de Focio. Mientras tanto, al lado de los hechos que hipócritamente refiere el sínodo, nosotros colocaremos todavía algunos mas. — Las inmensas riquezas secuestradas á los templos y monasterios católicos entraron en el tesoro del zar (1), y sus esclavos pasaron á ocuparse en trabajos de este mismo, á excepcion de algunos cedidos á los miembros del *santisimo sínodo*, para *compensarles el celo que les inflama por la exaltacion de la ortodoxia*.

Un individuo, á quien la crueldad del autócrata ó de sus agentes ha hecho célebre, viene á figurar en primera línea en la historia de estos sucesos. ¡ Sor Makrena Mieczyslawska ! Por horrosos que sean los hechos que entraña la triste relacion de los padecimientos de esa heróica religiosa á una con su comunidad, no es por eso ménos cierta, ni deja de representar muy al vivo la situacion del catolicismo en las provincias del reino polaco, sometidas á la espada del autócrata. Yo, despues de haber visitado la Polonia, despues de haber tratado diversas personas que corrieron suerte semejante á la de sor Makrena, y despues de haber juzgado por mí mismo la espantosa esclavitud en que vive sumido ese país heróico y digno de mejor suerte, no tengo la menor duda de la realidad de los diversos actos que componen aquel sangriento drama. Efectivos son los trabajos forzados á que vivieron sometidas personas delicadas del sexo débil durante siete años; efectivas las flagelaciones repetidas sufridas por las mismas con admirable constancia; efectivas las lúbricas orgías en cuyo calor los popes y las czernizes tramaban la serie de padecimientos con que habian de afligir á las inocentes religiosas; efectivos los ultrajes cometidos en ofensa de su persona, de su pudor y de su inocencia misma; efec-

(1) Importaban aproximativamente 549,732,418 rublos, á los que se unian 50,468 esclavos.

tivos los asesinatos que cerraron el sacrificio de algunas de aquellas ilustres víctimas en presencia de un pueblo entero; y efectiva, en fin, la serie de sufrimientos que no concluyó sino con la fuga de cuatro que resolvieron aprovecharse de la ocasión que les ofrecía la frecuente embriaguez de sus guardianes y verdugos y con la vida de las demás. Mas las escenas sangrientas de las heroicas Basilias de Minsk no nos representan mas que el tipo de las persecuciones que en la misma época sufrían las Carmelitas, las Catalinas y Claras en diversos puntos de Polonia, de las que sufrieron ántes los Jesuitas allí mismo, y de las que han sufrido durante tres siglos y sufren hasta hoy los Dominicos en la Rusia entera.

La naturaleza tiembla contemplando que tales hechos hayan podido realizarse en un país que se dice *cristiano*, bajo el gobierno del monarca que se llama *defensor de los cristianos*, y á la mitad de un siglo tan civilizado como el nuestro. La vergüenza debió oprimir sin duda al autócrata, cuando en presencia de Gregorio XVI suponía serle desconocidos totalmente. El soberano mas despótico de la Europa, agobiado por el peso de sus enormes injusticias, se arrojaba delante de un monje octogenario, á quien la dignidad de Vicario de Jesucristo constituye jefe y defensor de aquellos oprimidos. El llamó *padre* al Pontífice Romano, cuya autoridad rechaza, cuyas funciones le usurpa, y cuya soberanía espiritual persigue á muerte; le llamó *padre*, del mismo modo que pudiera un hijo sublevado contra el poder sacrosanto de su padre. Aun mas, le preguntaba: qué haría de tantos millones de súbditos que Dios había sometido á su obediencia; y á la vez sublevaba su conciencia contra esa misma voz augusta cuyo oráculo consultaba, afectando una tímida conciencia, desmentida en mil ocasiones por los hechos. Su lenguaje era entonces tan falaz y tan poco digno de un grande soberano, como son indignos de un mandatario cristiano aquellos hechos que motivaban las quejas

del Pontífice. Protestaba su inocencia, y prometía repararlos con medidas llenas de benignidad y tolerancia; y apenas vuelve á ocuparse en San Petersburgo de los negocios de gobierno, cuando declara guerra á muerte á los conventos dominicanos, único instituto católico que ha sobrevivido en Rusia á la persecucion sistemática establecida por los zares contra las raras comunidades religiosas que subsistian en el imperio. Expele á los religiosos de Vilna, se apodera de sus rentas que aplica al Tesoro nacional, de su biblioteca que une á la pública de Varsovia, y de su convento é iglesia que da á los Basilios cismáticos. Ocho conventos del mismo instituto corren en seguida igual suerte que el de Vilna; prohíbe se hagan votos en los que restan, á no concurrir en los novicios calidades poco ménos que imposibles, y que deberian ser aprobadas por los agentes imperiales. ¡Prometía repararlos! y grava poco despues con un nuevo impuesto á los católicos que hagan bautizar á sus hijos por el párroco de su comunión (1), logrando de este modo que los miserables, sin caudal para satisfacer una gabela semejante, prefieran llevarlos á los popes, sobre cuyo bautismo no cobra el zar tributo alguno. ¡Prometía repararlos! y manda á las nieves de la Siberia cinco religiosos, acusados de estar en comunicacion con sus superiores de Roma (2), pone en la cárcel y destierra al religioso que desempeñaba las funciones de párroco católico en Odesa, porque se niega á traspasar su jurisdiccion, bendiciendo un matrimonio mixto, y cierra absolutamente para todo sacerdote católico extranjero la entrada al vastísimo territorio de su imperio. ¡Prometía repararlos! y se hace sordo á las reclamaciones del Papa, para que no ponga trabas de todo género á los vicarios apostólicos en el libre ejercicio de sus funciones espirituales sobre sus fieles, y para que permita á los párrocos

(1) 1842.

(2) 1849.

desempeñar su ministerio entre los católicos. ¡Prometía, en fin, repararlos! y cierra la mayor parte de las escuelas dirigidas por católicos, y pretende en las pocas que permite continuar abiertas introducir libros que contienen doctrinas opuestas á la fe de la Iglesia universal. Esta persecucion se alarga sin que la alteren ni la modifiquen ni el tiempo, ni los principios de justicia que sustituyen en otros gabinetes al absolutismo que alguna vez sirvió de base á sus procedimientos.

La Europa entera conoce el tratamiento que del zar acaba de recibir el prior del convento de Santa Catalina de San Petersburgo, cuando, tratando de llenar una comision recibida de la curia de Roma relativa á la canonizacion de un individuo de su órden muerto en Polstok, envió al convento de este lugar el rescripto de Su Santidad, que ordenaba evacuar ciertas diligencias. El negocio, por su naturaleza, llegó al conocimiento de algunos y tambien al emperador. La policia de Polstok no tardó en allanar el convento, y en apoderarse del expediente en que figuraban los breves del Papa, cuya lectura descubrió la comision recibida por aquel prelado. Un comisario del emperador se apoderó de su persona en la média noche, y sin permitirle tomar sus ropas, ni ménos dar alguna disposicion en órden á su comunidad, le sacó de San Petersburgo, sin que nadie haya sabido hasta hoy la suerte que cupo á este individuo respetable por su ciencia y por su piedad. Contra él existian desde atras las quejas del metropolitano y de sus protopopes, que le acusaban de ser el instrumento de algunas conversiones obradas entre la nobleza, y especialmente de la de una familia entera que habia hecho su abjuracion pocos dias ántes. Una órden dada por el jefe de policia á nombre del emperador mandó al subprior llenar los oficios del preso. ¡Con hechos semejantes ha cumplido el zar las promesas hechas al Pontífice Gregorio!!!

Pero esa fe que vivió bajo la cuchilla de Neron y Domi-

ciano, y se conservó íntegra en medio de las hogueras encendidas por Sapor para reducir á cenizas á los adoradores de la Cruz, se conserva tambien sin mengua bajo la knufa del zar. Ella espera siempre, y su esperanza la salva. — En Petersburgo existen cerca de veinte mil católicos; pocos ménos son los de Moscou, y en casi todos los pueblos grandes del imperio hay un considerable número de la misma comunión. De entre las personas que se distinguen por su nobleza, un número grande profesa fuertes simpatías al catolicismo, que consideran como la única comunión que garantiza al hombre la divinidad incontrovertible de su fe, mostrándole su marcha seguida sin interrupcion desde Jesucristo hasta nuestros dias, y que seguirá desde nosotros hasta la consumacion de los tiempos, en que volverá al cielo, de donde descendió, tan pura como la predicó su divino Autor. Las abjuraciones del cisma no son raras entre estas personas, no obstante la certidumbre que les asiste de que un paso semejante les hará perder para siempre las ventajas de su posicion social, así como al mediador de su reconciliacion con la Iglesia católica la paz y el propio hogar. Los obispos de Cherson, Mohilow, Polosko y Samogizia tienen en Rusia el cuidado de estos fieles bajo un delegado apostólico especial que reside en Vladimiria. He indicado ántes que los Padres Dominicos conservan aun algunos conventos en las provincias del imperio, y esto á pesar de las severas pruebas por que ha tenido que pasar su constancia para no abandonarlos.

La Europa toda conoce, repetimos, la muerte cruel dada en la Crimea á un misionero dominicano, enterrándole vivo porque se negó constantemente á dejar la mision que le encomendaron sus superiores, porque su virtud ejemplar ofendia la relajacion de los popes, y hacia aumentar cada dia el número de los católicos. La Europa entera, decimos, en fin, conoce la causa por que fueron cinco mas encerrados en los calabozos, y desde allí internados á las

minas, donde terminaron su apostolado pereciendo entre la nieve, y recordando al mundo con su muerte los baños helados de Sebaste, en que el furor de los tiranos procuró extinguir el fervor de los cristianos primitivos. Pero el instituto dominicano, siempre tan fiel á la unidad católica y tan constante en su adhesion á la fe universal, sostiene hace tres siglos el mismo género de combates en que allí muriendo triunfaron Sadoc en Sandomiria y Pablo con ochenta mas en las márgenes del Danubio. Penetrando el interior de estos asilos de piedad, bien se deja conocer la espantosa tiranía que pesa sobre ellos. Una ley imperial prohíbe reparar sus edificios, y mucho mas embellecerlos con cualquier género de ornato. El de Petersburgo, situado en la *Perspectiva Newski*, la mas bella calle de la capital del imperio, tiene un aire de tristeza que se deja percibir tambien en la comunidad. La iglesia no es magnífica, pero sí muy decente, y sus claustros silenciosos. En Rusia, la tolerancia no tiene por garantía ni la opinion pública, ni la constitucion del Estado; como todo lo demas, es una gracia otorgada por un hombre, en cuya mano está retirar mañana lo que concedió hoy. Á los conventos están anexos algunos pequeños seminarios, donde son preparados los que se educan para el sacerdocio, y á las parroquias servidas por los mismos las escuelas para los niños de ambos sexos. Los conventos existentes despues de tantas persecuciones son apenas quince, y los religiosos esparcidos en las diversas misiones de Rusia, Lituania, Crimea y demas provincias del imperio llegan á ciento cincuenta. La estricta prohibicion que impide á los sacerdotes católicos extranjeros entrar en el territorio ruso priva á los misioneros de tantos poderosos auxiliares que vendrian á ayudarles en el trabajo de propagar la verdadera fe en aquel vasto imperio, sumido en las tinieblas del cisma y de la herejía.

Las misiones de la Lituania hacen frecuentes conversiones entre los protestantes luteranos. El protestantismo de la

Lituania es, á mi ver, un hecho material mas bien que formal: tal es la ignorancia en que viven respecto á la religion la mayoría de los que se dicen protestantes, que no distinguen al protestantismo del catolicismo, ni á este de sus disidentes. Miétras tanto la supersticion, el fanatismo y un tejido de ridículas preocupaciones, ved ahí lo que forma su religion. Hechos frecuentes y muy conocidos nos dan derecho para juzgar así: entre otros muchos, conocemos uno sucedido en un pueblo pequeño el dia de Resurreccion (1). Un paisano hizo presente al pastor hallarse poseido del demonio. Reunida la congregacion á la hora de los oficios, el pastor le hizo saber el mal de que se quejaba aquel, y luego despues principió en la sacristía el acto solemne de su exorcismo, dando de palos al infeliz creyente, que los sufría sin quejarse, atado fuertemente á una argolla. Tales fueron los golpes, y tanta mas aun la resistencia de Satanás para salir, que el infeliz murió en el exorcismo. Mas el pastor creyó que dormía: en este estado le encontró la policía, cuando informada del suceso llegó allí para indagarlo y apoderarse de los culpados. Nada se inmutó el pastor cuando se vió preso por los gendarmes; pues, como decia á estos, despues de pocas horas aquel infeliz habia de volver en sí libre de su antiguo mal, y él seria entónces puesto en libertad con mucho honor. Á hechos de esta naturaleza son á los que aludimos al decir que hombres capaces de llevar tan léjos su ignorancia supersticiosa carecen necesariamente del verdadero espíritu y de la ilustracion cristiana que los rechazan y los condenan.

La marcha del catolicismo en Rusia bajo el sistema opresor de los zares, luchando con la persecucion encarnizada, y sometidos tantas veces á la knuta sangrienta, es un prodigio tal como el que la Iglesia cristiana ofreció al mundo en los siglos de tiranía. Signo de contradiccion entónces,

(1) Marzo de 1853.